

## Hatsepsut: El poder absoluto de una mujer en el Egipto de los faraones

Una originalidad notable de la familia real a finales de la XVII dinastía y comienzos de la XVIII fue la práctica del matrimonio consanguíneo, llevada a cabo durante tres o cuatro generaciones, aunque tales uniones, incluso las efectuadas entre hermanastros y hermanastras, fueron extremadamente raras entre los egipcios. Entre los faraones no llegó a ser una norma estable hasta los Ptolomeos, quienes siguieron una inspiración greco-macedonia, y entre el vulgo no se generalizaron hasta el período romano.

Se había esbozado, hacia la época de la expulsión de los hicsos, una doctrina tendente a fundamentar la legitimidad del trono en la «eugenesia»: se pretendía garantizar la «pureza de la sangre del sol» al exigir que el heredero del trono naciera de la «gran esposa real» y que esta misma fuera hija de una gran esposa real. Tal doctrina supone la idea de que los faraones nacidos de esposas secundarias debían legitimar su poder tomando como esposa a una princesa nacida de un faraón anterior y su gran esposa-hermana. Este postulado parece confirmar la existencia de tendencias de base matriarcal en las instituciones egipcias.

La teoría de la pureza de la raza del sol no está reñida con la teoría de la «teogamia» deducida de los relieves del templo de Deir-el-Bahari, donde una serie de imágenes nos relatan el modo en que Amón elige a Ahmosis, gran esposa de Tutmosis I, para engendrar en ella al futuro soberano, que no es «otro» que la propia Hatsepshut. Se observa asimismo como el dios Khum, portador de la vida, modela a este vástago excepcional siguiendo los dictados de Amón, y como el dios Thot es enviado ante la madre como mensajero de la feliz noticia. Junto a estos relieves aparece una inscripción referente a una supuesta conversación entre Ahmosis y el dios Amón, donde se pone en boca de éste: «El nombre de mi hija será Amón Hatsepsut, gobernará excelentemente las dos tierras».

Los factores que dan legitimidad al faraón son, desde el punto de vista teológico, la libre elección de la divinidad que predestina al príncipe, formado en proyecto para acceder a la realeza, y, desde el punto de vista político, la designación eventual como heredero, incluso la plena asociación de uno de los hijos efectuada por el soberano reinante, la revelación oracular por el dios de su elec-

\* Profesora de Historia del Colegio Rey D. Jaime. Castellón.

ción inicial, la toma efectiva del poder por el pretendiente, que la liturgia de la coronación afirma y, por fin, la adhesión, querida por el dios, del pueblo sobrecogido de fervor.

Los egipcios consideraban la sociedad bajo su monarca como parte de un universo ordenado por los dioses; la muerte del faraón suponía un carácter de crisis que podía desembocar en un desastre. El caos amenazaba. La muerte del soberano indicaba que los poderes del mal habían empezado a dominar temporalmente, aunque los egipcios tendían a eufemizar la situación: el hecho histórico, la muerte del rey, se traspalaba en un hecho mitológico: Set había asesinado a Osiris. Los egipcios crearon una imagen que aminoraba los peligros de la sucesión, y que, por supuesto, se encuadraba dentro del mundo mitológico: «Horus apareciendo en los brazos de su padre Osiris». Este esquema consistía en nombrar al presunto heredero o regente en vida de su padre, se confiaba en que a la muerte del monarca la transición sería pacífica y suave. Casi todos los reyes del Imperio Medio y la mayoría del Nuevo, llegaron al trono como coregentes. Hatsepsut utilizó en sus relieves el esquema de la coregencia, de forma que se muestra a su padre (que murió antes de que ella subiera al trono) presentando a su hija al pueblo como «rey». La sucesión al trono implicaba, a su vez, dos fases a las que se puede denominar «ascenso» y «coronación». La coronación sellaba la cesión del poder al nuevo rey; los peligros a los que aludía con anterioridad no cesaban hasta que finalizara el último acto. Curiosamente, y aunque no podemos hablar de un panteísmo, sí hay que atribuir a los «habitantes de la tierra roja» un cierto índice de deificación de la naturaleza, como nos lo muestra el hecho de que la coronación no podía realizarse en cualquier época del año, sino que debía coincidir con el inicio de un nuevo ciclo natural, más concretamente principios de verano y otoño. Mientras tanto, el nuevo rey asumía el gobierno tan pronto como le era posible. A este proceso es a lo que se denomina «ascenso». Debía coincidir con la salida del sol para que hubiera una correlación entre inicio de un nuevo día e inicio de un nuevo reinado, y todo ello bajo los auspicios de Ra (dios del sol), padre y prototipo de reyes. En esta línea se dice de Tutmosis I, cuando señala la fecha de coronación de Hatsepsut, lo siguiente: «Él sabía que la coronación el día de Año Nuevo era buen comienzo de años pacíficos». Esta frase tan lapidaria sería curiosamente lo que caracterizaría el reinado de la faraona de Tebas.

Una vez analizada la fórmula legal de sucesión al trono y la legitimación del mismo, es necesario analizar el caso concreto de la faraona que nos ocupa: Hatsepsut. Tutmosis II tomó como esposa principal a Hatsepsut, «esposa del dios», su hermanastra y a la vez hija primogénita de Tutmosis I y Ahmosis. Pese a su nacimiento, no se hizo atribuir más dignidad ni poder del que era habitual en la época. Cuando el faraón murió, el hijo que le debía suceder, Tutmosis III, era hijo de una esposa secundaria. La poca edad de este último facilitó el campo a su tía y madrastra para acceder al trono de Egipto.

La transformación de la situación jurídica de Hatsepsut, que de regente pasó «a ser reina y aún rey de Egipto» tal como señala Jacques Pirenne,<sup>1</sup> es la afirmación de una nueva teoría del poder. El desarrollo de la idea monárquica, basada en la divinidad del rey, hizo reaparecer el sistema del Imperio Antiguo: el Faraón como reencarnación de Ra sobre la tierra, por tanto, el Dios vivo. El poder real, sólo depende de dios. Por tanto las leyes humanas no pueden intervenir para ofrecer el trono, esto le corresponde únicamente a Amón.<sup>2</sup> En la misma línea es muy característico que la idea que inspira el cuento de «Cheops y los magos», publicado quizá como una especie de manifiesto por los sacerdotes de la V dinastía, vuelva a reaparecer durante la dinastía XVIII. Según dicho relato, la V dinastía surge de las relaciones del dios Amón con una esposa de un sacerdote de Ra. Por lo tanto, Ra es el antepasado directo del faraón; y este último es el depositario de la sangre sagrada con lo que está cualificado para reinar.

Esta idea de la procreación del rey por la divinidad se consolida durante el reinado de Hatsepsut, quien aparece como nacida de las propias obras de Amón. A partir de entonces la reina tomó en la sucesión dinástica un lugar preponderante.

Tutmosis III, al nacer de una concubina y un rey y debiendo por tanto el trono a su matrimonio, no podía ser considerado como depositario de la sangre divina. Sólo Hatsepsut le puede representar sobre la tierra. La teoría dinástica pasa del planteamiento legal al religioso y, como consecuencia, el clero de Amón, ejecutor de la voluntad del dios, pasaba a ocupar el primer puesto en el Estado.

Hapuseneb, el gran sacerdote de Amón, se convirtió en el primero de entre los sacerdotes del norte y del sur. Como dueño de los oráculos dados por el dios, es también el agente supremo de su voluntad. En caso de problemas de legitimidad del heredero al trono, el sacerdote de Amón tiene la última palabra. Jefe de culto y del Estado, es el depositario de los poderes efectivos de los que el rey es sólo el titular.

El segundo sacerdote de Amón, en cuyas manos se encuentra la administración de los bienes del culto, se convierte en jefe del consejo privado de la reina («gran intendente del Horus hembra»). Con Hatsepsut este cargo recae en la figura de Sennut, arquitecto y muy posiblemente amante de la reina. El reinado de Hatsepsut, legitimado por la teogamia real, aparecía como el triunfo del clero de Amón. Egipto se convirtió, más que en épocas precedentes, en una teocracia.

Pero ¿cómo surgió y evolucionó el reinado teocrático de esta mujer? Es necesario remontarse a la educación que recibió de su padre Tutmosis I. Parece ser que de pequeña acompañaba a su padre en los viajes por el Nilo para honrar a los dioses, lo que le permite conocer el país que posteriormente dominará. Seguramente, por su condición de mujer, quedó alejada del tipo de educación militar

1 Jacques Pirenne : *Historia del Antiguo Egipto*. Barcelona, Océano, 1983.

2 Amón, dios local de Tebas y manifestación del sol, cobra auge con el Imperio Nuevo y se asocia al dios Ra.

que quedaba reservada a los varones. De su padre pudo aprender el sentido de grandeza y el deber hacia su reino. No es casualidad que uno de los nombres de Hatsepsut fuera Maatkara, que combina el nombre de la diosa Maat (protectora de la justicia y del orden), el Ka (alma) y Ra (dios del sol). Bajo tales auspicios la princesa debía ser capaz de alcanzar los ideales de justicia y de fuerza. Eso mismo parece desprenderse de un análisis sobre su personalidad. Resulta paradójico consultar los diferentes autores que, analizando la historia de Egipto, dedican unas líneas a la persona de Hatsepsut. Drioton-Vandier<sup>3</sup> la designa como únicamente ambiciosa; pero mucho más acertada me resulta la visión de W. Goetz<sup>4</sup> cuando asegura: «indudablemente era una mujer de extraordinario talento y enérgica voluntad». En mi opinión, en el Egipto del siglo XV a. de C., una mujer necesitaba mucho más que simple ambición para ocupar el trono de Egipto; y, una vez en él, la ambición, por sí sola, no justifica un reinado de auge y esplendor que durará 20 años sin una sola oposición que resultara fructífera.

Es necesario cuestionarse el motivo que llevaría a la que en principio sólo podía optar a reina consorte, a usurpar el trono de Egipto. Una buena explicación de los hechos puede encontrarse en la obra de F. Fèvre, en la que puede leerse: «Hatsepsut entra en la lista oficial de soberanos egipcios por el simple mérito de sus auténticas raíces reales, viéndose obligada a acurrucarse a la sombra ridícula de un faraón niño».<sup>5</sup> Se calcula que se unió al futuro Tutmosis II a la edad de quince años, y contando tres años más que su esposo. ¿Cuál es el origen de esta unión real? Tutmosis I cuenta con dos hijos varones (hijos de concubinas): Uadjmosis y Tutmosis. La reina Ahmosis no ha dado a luz ningún heredero varón, sólo niñas (entre ellas Hatsepsut). Uadjmosis muere joven y la sucesión recaerá en Tutmosis quien, por ser hijo de concubina, deberá unirse con la hija primogénita de la esposa real: Hatsepsut. Este matrimonio sólo logrará una complicidad manifiesta en conductas como la preparación de su tumba o la aparición en actos públicos.

Resulta lógico pensar que Tutmosis II se enzarzaría en problemas expansionistas o políticos y Hatsepsut se dedicara a tareas protocolarias y religiosas. Quizás esto fue suficiente, en principio, para ocupar su temperamento activo. Pero es significativo que, desde los tiempos de su madre, se rodeara de personas de confianza y fieles servidores de su padre. A esta «camarilla» se unió un personaje, miembro de una familia de la región de Tebas que nunca había ocupado cargos en la dirección del país: Senmut.<sup>6</sup> Este personaje, pasó a ser rápida-

3 Drioton-Vandier: *Historia de Egipto*. 1ª Edición, Paris 1938. Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1981.

4 Walter Goetz: «El despertar de la Humanidad». *Historia Universal*. Editorial Espasa Calpe. Madrid, 1975.

5 Francis Fèvre: *La faraona de Tebas*. Barcelona, Planeta, 1988, p. 59.

6 Entró en palacio para ocupar algún cargo de segundo orden, pero con el paso de los años, y a la sombra de Hatsepsut, iría escalando posiciones en la jerarquía de la casa real debido a sus leales y eficaces servicios.

mente el favorito de la reina convirtiéndose en su sombra. Tutmosis II debía ser un personaje de carácter peculiar; de lo contrario no se entiende que permitiera la presencia de dicho sirviente junto a su esposa, en lugar de obligar a esta última a vivir recluida en su gineceo, tal como era costumbre.

El carácter de su marido, junto a un reinado que da la impresión de ser una sombra de lo que fue el de Tutmosis I, nos ayudan a comprender la actitud de la futura faraona, que intentará, apoyada por sus fieles colaboradores, tomar un trono al que no puede acceder con legitimidad únicamente por su condición de mujer. Hay que bosquejar un poco más este último aspecto para completar la visión de los motivos que la llevaron a acceder al trono. En el retrato que intenta hacer de ella F. Fèvre, podemos leer: «...no parece distinguir jamás a los seres masculinos, hasta el punto de tolerarlos sólo en un plano de igualdad. Acaso sea preciso buscar el origen de tal postura en el dolor conjunto por el prematuro fallecimiento de su padre y la frustración por no obtener la sucesión que consideraba legítima...»<sup>7</sup> a lo que añade más adelante: «...no rechaza la feminidad de su cuerpo ni la gracia de sus gestos...».<sup>8</sup> Actitudes que si bien pueden considerarse más que lógicas en nuestros planteamientos del siglo XX, podrían denominarse sincrónicamente como mínimo de «sacrílegas». Es fácil de entender que, pese a todo esto, su móvil es alcanzar el escalafón supremo de poder, el destino de las restantes mujeres no le interesa. Como dice F. Fèvre: «La fuerza inmutable de esos tiempos antiguos no podía, en modo alguno, engendrar la conciencia colectiva de nuestro siglo XX».<sup>9</sup>

Retomando el tema de la legitimidad dinástica, Hatsepsut se encuentra con un nuevo problema de sucesión al trono cuando ella haya desaparecido. De su matrimonio nacen dos hembras: Neferuré y Meritré-Hatsepsut, y ningún varón. Nuevamente el conflicto dinástico está servido, dado que Tutmosis II tiene un hijo varón nacido de una concubina: el futuro Tutmosis III. Muerto el faraón reinante, Hatsepsut pasa a ser regente, supuestamente, hasta el acceso de su hijastro al trono.

Como regente, Hatsepsut asume su papel de acuerdo con la tradición; pero pronto organizará un cambio en la supuesta sucesión. Durante los dos o tres primeros años no tenemos noticia de ningún hecho digno de destacar. La regente se encarga de asuntos diplomáticos y de la tutela del futuro faraón. Pero, poco antes de pasar a ser reina, asocia a su hija a su propia regencia, eliminando las diferencias por razón de sexo entre Tutmosis III y su hija Neferuré.

Cuando Hatsepsut asume el trono como faraona de Egipto no hay revueltas ni sublevaciones. Sus consejeros y colaboradores las hubieran aplastado rápidamente. A principio de su reinado aparece asociada a Tutmosis III, existiendo

7 F. Fèvre: *Op cit.*, p. 60.

8 *Ibidem*, p. 65.

9 *Ibidem*, p. 79.

una gradación en sus actitudes, desde su papel de regente, hasta el de reina única sin competencia (entre ambas el joven Tutmosis III dejará de representarse con su tía-madrastra).

Dada esta situación, se plantea una pregunta necesaria: ¿qué postura adoptan los altos cargos del momento, entre ellos el clero de Amón? Resulta fácil comprender que se mantuvieran al margen. El Estado posee grandes riquezas y con ellas se puede acallar a muchos grandes dignatarios y jefes religiosos. Pero no por ello deja de apreciarse una confusión en los textos jeroglíficos de estos años, donde Hatsepsut aparece designada indistintamente como hombre y como mujer (hay que tener en cuenta que la nueva situación política suponía la irrupción de una mujer en un mundo reservado a los hombres). Independientemente de su sexo, el faraón aparecerá pintado o esculpido como un hombre de estrechas caderas y robusto pecho. De ningún modo se puede prescindir de los atributos viriles, puesto que llevan implícitos una clara simbología: vida, salud y fuerza. De ahí que nunca aparezcan representados los atributos femeninos de Hatsepsut; todo lo contrario: ostenta barba postiza propia de su cargo,<sup>10</sup> viste el nemes,<sup>11</sup> el pesado pectoral y el látigo.

Durante unos quince años Hatsepsut dirige el Alto y el Bajo Egipto, consiguiendo que reine la paz en sus dominios y asumiendo un poder absoluto. Viaja de forma constante por el Nilo para ofrecer sacrificios a los dioses en las fechas de sus fiestas. Aparece, por tanto, accesible al pueblo pero, al mismo tiempo distante, para reforzar el respeto al mito del dios vivo. Bajo su reinado, el valle se cubre de monumentos religiosos y se aceleran las restauraciones de los templos deteriorados (herencia de las invasiones de los hicsos). El faraón femenino no quiere la guerra pero tampoco da muestras de debilidad: los príncipes nubios que se revelan son aplastados con iguales medidas que antaño.

La necesidad de asegurarse la fidelidad de los hombres encargados de la administración del reino está patente en su reinado. Grandes chambelanes, escribas reales, gobernadores de los nomos<sup>12</sup> constituyen peligros en potencia. Hatsepsut logra mantener a este enjambre en sumisión. Para ello se sirve de una hábil mezcla de nobles de provincias y de Tebas, viejos y nuevos cortesanos que anularán el peligro de un complot. La soberana se basará en tres pilares: los escribas (vinculados al servicio del faraón), los campesinos (que solucionan el problema del sustento de la población) y los artesanos (que materializarán los deseos del faraón).

Posiblemente, el hecho más destacable de la política de Hatsepsut sea la expedición al país del Punt (cercano a las costas de Somalia). Para obtener información sobre esta hazaña comercial es necesario recurrir a los relieves del tem-

10 Los egipcios, en principio, no solían llevar barba; la expedición al país del Punt se encontró con un pueblo que llevaba la barba trenzada. Los faraones la adaptaron para sí.

11 Tela blanca y roja que se lleva bajo la corona.

12 Subdivisión administrativa de pequeña escala.

plo de Deir-el-Bahari. En este templo confluyen la expedición comercial anteriormente citada y la importancia artística de un templo que es único en su género en toda la historia de Egipto. Está formado por la superposición de terrazas rodeadas de columnas, y debajo de los pórticos, las capillas y dependencias. Se accede de una a otra terraza por medio de rampas. El ejecutor de esta obra fue el arquitecto de la reina: Senmut.

Los relieves esculpidos en dicho templo nos informan sobre la expedición realizada al país del Punt, en la que Hatsepsut puso gran empeño. Desde tiempos remotos se tenía en gran estima comerciar con esta zona, por ser proveedora de mirra (necesaria para el proceso de momificación) y de incienso (utilizado para fumigar las estatuas funerarias), así como de marfil, pieles de pantera y otros productos exóticos. Dado que la única vía directa hacia el Punt era marítima, la faraona mandó construir cinco naves, confiando la dirección de la expedición a sus dos colaboradores más prestigiosos: Senmut, el arquitecto, y Tuti, el tesorero.

Los episodios de esta aventura aparecen narrados en los relieves de la segunda terraza del templo de Deir-el-Bahari. Comienza con un prólogo: «Viaje marítimo hacia el país de los dioses, ordenado por el señor de los dioses, Amón, dueño de Tebas, residente en Karnak...». La primera escena nos muestra los cinco buques mencionados, dos de los cuales aún permanecen en el puerto, mientras los restantes ya lo han abandonado y son representados con las velas hinchadas por el viento. Las siguientes escenas nos muestran, sucesivamente, a Tuti ante un montón de collares, cuentas de vidrio y otros artículos transportados al Punt para ser intercambiados con Pehú (posiblemente el rey del Punt), y el pesaje y transporte de incienso al interior de las naves.

De entre las mercancías llegadas a Egipto desde el Punt, hay que destacar tres árboles de mirra, que fueron replantados en el patio del palacio de Deir-el-Bahari (de hecho, en el segundo patio son todavía visibles depósitos o algibes destinados al almacenamiento de mirra). La crónica ilustrada de esta expedición acaba con el siguiente epílogo: «Ninguno de mis antecesores pudo pasear entre árboles de mirra; se contaba de unos a otros lo que eran estas maravillas. Pero yo he enviado mi ejército a pasear por el Punt, es mi lugar de delicias. Tomaron toda la mirra que quisieron, los cielos y la tierra están inundados de incienso».

Además de esta expedición al Punt, Hatsepsut dirigió, según parece, una campaña militar contra Nubia, para aplacar las ansias separatistas de un reyezuelo vasallo de la Baja Nubia y de dos hijos de un antiguo príncipe de Kush, quienes se repartieron Nubia en tres zonas. La campaña terminó en una aplastante victoria y Hatsepsut no volvió a tener problemas de este tipo durante su reinado.

Se sabe poco acerca de si la muerte de Hatsepsut fue natural o «provocada», lo cierto es que, muerta ésta, Tutmosis III borró la memoria de su predecesora: estatuas rotas, inscripciones y relieves que ilustraban la divina legitimidad de la faraona minuciosamente borradas y nombres arrancados de los cartuchos y

reemplazados por el suyo propio y los de Tutmosis I y Tutmosis II. La venganza de Tutmosis III sobre su tía-madrastra fue implacable. A esta destrucción debemos el que el nombre de Hatsepsut desapareciese de la historia de Egipto. Ni el mismo Maneton<sup>13</sup> la incluye en su lista de faraones egipcios, desconociendo por completo su obra y méritos. Pero no es una excepción, ya que hasta finales del siglo XIX se dudaba muy seriamente acerca de la verdadera existencia de esta mujer-faraón. Se necesitará tiempo y mucho trabajo (estudio de inscripciones y papiros, descubrimientos arqueológicos...) para que se le otorgue a esta mujer excepcional el papel que le corresponde en la historia.

Resulta sumamente curioso consultar bibliografía sobre la dinastía XVIII y, más en concreto, sobre la figura de Hatsepsut, y observar cómo a medida que las publicaciones son más recientes, el matiz, en cierto modo despectivo, que se desprende de algunos autores de la primera mitad de nuestro siglo, va desapareciendo para dar lugar a elogios sobre la figura del faraón-mujer. Valgan como ejemplo algunas citas extraídas de la *Historia de Egipto* de Drioton-Vandier, publicado por primera vez en París en 1938, donde puede leerse: «Las grandes inscripciones en las cuales la reina trata de legitimar su usurpación son suficientes para probar que ella ejercía indebidamente el poder.» y también: «Su reinado marca un retraso en la política de conquistas...».<sup>14</sup> En el libro de Francis Fèvre, publicado en 1986 bajo el título de *La faraona de Tebas*, el cariz cambia totalmente: «La hija de Tutmés no merece la reputación de debilidad militar que la historia se ha complacido en tejer en torno a ella.» y «El imperio de arena y barro nunca ha disfrutado de tanta fuerza y estabilidad como en el régimen pacífico de la mujer faraón coronada a comienzos de la dinastía XVIII...».<sup>15</sup> Más representativa es, incluso, la frase que sirve de subtítulo al libro: «La única mujer que consiguió el poder absoluto en la civilización faraónica».<sup>16</sup>

Así pues, muchos fueron los logros de esta mujer-faraón durante sus veinte años de reinado, sobre todo si tenemos en cuenta que debió franquear una cima inaccesible por su condición de mujer: ocupar el primer puesto de poder en una sociedad en donde ese «poder» es exclusivamente de dominio masculino, y más aún si consideramos que logró dominar a todos los poderes del Egipto del momento y se mantuvo en la cúspide hasta el fin de sus días.

13 Sabio griego conocido por ser el autor de una primera historia de Egipto.

14 Drioton Vandier: *Op. cit.*, p. 293.

15 F. Fèvre: *Op. cit.*, p. 96.

16 Existen otros dos casos de mujeres-faraón anteriores a Hatsepsut, pero el poder de éstas no fue absoluto ni los logros de sus reinados comparables.

## BIBLIOGRAFÍA

Además de los libros reseñados en las notas, pueden consultarse las siguientes obras generales:

- Daumar, François: «La civilización del Egipto faraónico». *Las grandes civilizaciones*. Barcelona, Juventud, 1972.
- Du Ry Beest Holle, Gerard (dir.): *Historia Universal*. T. 1, Barcelona, Carroggio, 1986.
- Eggebrecht, Arne: *El Antiguo Egipto*. Barcelona, Plaza & Janés. 1984.
- Fontana, Josep y otros: «Orígenes del hombre y de la civilización». *En Historia Universal*. Barcelona, Planeta, 1991.
- Frankfort, Henri: *Reyes y Dioses*. Madrid, Alianza Universidad, 1983.
- Pijoan, José: *Summa Artis*. Madrid, Espasa Calpe, 1985.